

Año XLV.

Madrid, Sábado 28 de Marzo de 1925.

Número 13.

**PRESUPUESTO DEL CLERO**

**Números cantan**

EL RENGLON DEL PRESUPUESTO REPRESENTA SOLAMENTE LA QUINTA PARTE, COMO MÁXIMO, DE LOS VERDADEROS INGRESOS DE LA IGLESIA ESPAÑOLA.—EL OBISPO DE MADRID TIENE «CUARENTA MIL DUROS» DE RENTA.—HAY GRANDES CAPITALES, LA INVERSION DE CUYAS RENTAS DESCONOCE EL PUEBLO ESPAÑOL

Es menester que el pueblo español tenga una noción siquiera de lo que pueden dar de sí los bienes de la Iglesia bien administrados y de cómo el presupuesto presente de culto y clero no es sino el quince ó lo más el veinte por ciento de los ingresos que puede disfrutar el clero secular español.

Pondremos el caso que dimos á conocer en el Ateneo en 1922, que nadie ha rectificado todavía, y que en poco ha variado desde entonces. Hablaremos de nuestra diócesis de Madrid; los datos no pueden ser exactos por lo dicho; desde luego serán muy aproximados, más bien en menos que en más. En lo que me equivoque, que den el dato exacto los curiales, que obligación tienen, y á sacárselo voy.

Veamos lo que percibe anualmente el prelado de Madrid para sus gastos y necesidades personales, decía entonces:

	Pesetas
Del presupuesto de culto y clero.	31.500
Por limosna de las misas que celebra, poniéndolas sólo á 5 pesetas, que son siempre ó casi siempre de mayor estipendio.....	1.465
Por derechos de vicaría.....	10.000
Por unas cien dispensas de amonestaciones en toda la diócesis, á 150 pesetas dispensa....	15.000
Por unos cincuenta casamientos en oratorios particulares, á 250 pesetas tarifa (hay seguramente más, y los grandes aristócratas dan más de 250 pesetas).....	12.500
Por colecturías parroquiales y no parroquiales.....	3.000
<b>Suma y sigue.....</b>	<b>73.465</b>

	Pesetas
Suma anterior.....	73.465
Por líquido del Boletín Eclesiástico.....	5.000
Por licencias para ejercer el ministerio.....	1.000
Por licencias para baños.....	1.000
Por testimonios de suficiencia.	2.000
Por licencias de capilla arriente en el domicilio del difunto (unas 200 anuales en toda la diócesis), á 50 pesetas.....	10.000
Por traslados de cadáveres y otras licencias funerarias.....	25.000
Por licencias de censura de libros.....	550
Por permisos de oratorios privados.....	2.000
Por aer senador del reino.....	6.000
Por donativos habituales de la Casa real y otras personas piadosas á la sede de Madrid....	50.000
De las colectorías de cofradías..	5.000
De las fábricas de las parroquias, de beneficios vacantes integros, por los curatos duplicados que regenta un sólo párroco y otros firman las nóminas, y de las parroquias regidas por un encargado que ni siquiera es economo, y otros renglones por el estilo.....	50.000
Por libre disposición de la memoria Lemour.....	4.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>235.015</b>

Conste que nos hemos quedado en todo cortos.  
Deduzcamos gastos:

	Pesetas
Gastos de secretaría.....	30.000
Delegación de capellanías.....	5.000
Vicaría y provisorato.....	20.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>55.000</b>

Quedan, pues, por honorarios personal es del obispo de Madrid 180.015 pesetas.

Comparemos: un ministro cobra de los bienes nacionales 30.000 pesetas; como parlamentario, 6.000; total: 36.000 pesetas.

Ejemos para el infimo sacerdote como para el infimo servidor del Estado 1.500 pesetas. Siendo esto así, el ministro cobra veinticuatro veces más que éste; en cambio, el obispo de Madrid cobra más de ciento veinte veces más que el infimo sacerdote. Y hemos de tener entendidas tres cosas: que la distancia jerárquica entre un obispo y el último capellán es mucho menor que la que hay entre el ministro y un portero, por ejemplo; que el mayor peso del trabajo de la Iglesia cae siem-

pre sobre el clero bajo, y que entre este se hallan generalmente los de mayor talento, que la falta de recursos y la esclavitud del regimen eclesiástico no ha permitido cultivar.

Y esto es poco todavía.

He hablado de la fundación Lemour; de ella he dicho que percibe el obispo, á su libre disposición, 4.000 pesetas anuales, es ciertamente más, porque pasan de mil cada trimestre; pero todo lo he querido dejar bajo. Hay muchas otras fundaciones, como la de Monserat, la de Linare, etc.; pasan de treinta mil, sin contar la de Romaguera, con sus 11 millones de pesetas, que está todavía en litigio. Es de suponer que de todas ellas tendrá el obispo de Madrid cantidades á su libre disposición. Yo nada he consignado porque no hay de ello la menor idea; aunque sólo supiéramos que disponía de 1.000 pesetas anuales de cada una (muy corto me quedo), tendríamos ya por este solo concepto una participación en los bienes de la Iglesia de Madrid mayor que la participación de un ministro en los bienes nacionales. De todas suertes, esas fundaciones más sólo de la diócesis de Madrid, bien administradas, significarían una partida de consideración del tesoro nacional del servicio eclesiástico.

Además, mucho más: dispone el señor obispo del acervo pío diocesano, el cual pasa en Madrid de ocho millones y medio de pesetas, cuyos intereses legales, dejándolo en ocho millones y medio, son 425.000 pesetas.

Las rentas de las capellanías tengo entendido que pasan en Madrid de 100.000 pesetas. Para misa tiene la citada fundación Lemour 60.000 pesetas anuales, y algo ó mucho deben tener seguramente las otras treinta y tantas fundaciones.

Los ingresos de las parroquias de la capital y principales poblaciones de la diócesis son en conjunto muy grandes, aunque sabemos hacer la debida justicia y exceptuar lo que se debe exceptuar. Para convencerse de ello basta ver por un lado el arancel diocesano, y por otro las estadísticas sacramentales y de culto y el movimiento de todo género en dichas iglesias. Por bautismos, misas manuales, casamientos, cruces alzadas, enterramientos, funerales, novenas, cepilos de los santos, sillas, despacho parroquial, etcétera, los ingresos son de consideración...

¡Quién no ve que debidamente administrado todo eso y bien administrada



la gran potencia adquisitiva que tiene la Iglesia, y adaptando á los bienes eclesiásticos y á las personas que tienen derecho á participar de ellos un régimen análogo al de la Hacienda pública de todos los Estados de la tierra, los bienes de la Iglesia de Madrid (y no he citado todas las fuentes de sus ingresos), bastarían por sí solos á mantener decorosamente no sólo al clero de Madrid, sino también á mucho clero de otras diócesis más pobres!

Y parecidamente, aproximadamente en más ó en menos, se diría de la diócesis de Vitoria (comprende todas las ricas y piadosas provincias vascongadas), Barcelona, Zaragoza, Santiago, Sevilla, Toledo, etc.

Otro día entraremos ya en el análisis breve de cada uno de los nueve renglones de la partida de bienes de la Iglesia española, que dimos en nuestro segundo artículo.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De El Liberal de Madrid.)

## Excomuni3n en puerta

El señor obispo de Madrid ha escrito una carta á don Jaime Torrubiano amenazándole con una excomuni3n si continúa atacando en *Heraldo de Madrid* la indisolubilidad del matrimonio canónico y publicando á temás en *El Liberal* artículos repletos de falsedades y rebosantes de saña.

Torrubiano no hace lo que hice yo en 1885 con las 47 excomuni3nes que me sotaron los obispos de entonces; toma en serio la amenaza, y en serio contesta á la carta del prelado. Yo tomé las más á broma y publiqué el siguiente artículo:

### ¡ANDE EL BARATO!

¿Quién quiere una excomuni3n, quién? Las doy baratas. ¡A real y medio! ¡Y á escoger!

Son de lo mejorcito en su clase. Nada de falsificaciones. Auténticas, con sello de fábrica.

Las hay de varias diócesis: andaluzas, catalanas, manchegas, aragonesas, castellanas, gallegas, valencianas... Y todas de primer orden. ¡Ande el barato!

El que no tenga apetito, el que se halle triste, que acuda aquí. La excomuni3n remedia todos los males.

Hasta para ser afortunado en amores sirve, pues unas beatas por curiosidad y otras por salvar un alma de las garras de Lucifer, se despepitan por un excomulgado.

¡Miren ustedes qué hermosa y qué confortable es ésta! La del obispo de Plasencia, ese que acaba de poner á parir al gobierno. Inmejorable para el reuma.

¡A real y medio! El que quiera llevar una cosa buena, que se quede con ésta del de Tarazona.

¡Pues no digo nada ésta del de Osmal! ¡Y ésta del de Avila! ¡Y ésta del de Seo de Urgell! ¡Y ésta del de Huesca! ¡Y todas, todas á real y medio!

¿Qué ganga! ¡Q é ganga! El que no adquiera una, no es persona de gusto. Compre usted ésta, niña bonita, y podrá comer carne sin bula toda la cuaresma.

¡Vengan aquí los maestros de escuela y los cesantes! Con una excomuni3n de éstas parecerán antes de ocho días frailes cebados. ¡De balde, casi de balde...

¿Quién quiere más? ¡Esto es un derroche, una perdición!... A real las que me quedan, ¿que no tiene usted más que veinte céntimos? Vengan. Los que las fabrican me las sueltan gratis, de modo que para mí todo es ganancia. ¡Ande, ande el movimiento!

Ya no quedan más que tres. ¿Quién las quiere? ¡A la una, á las dos!... ¿No hay quién dé más de cinco céntimos por cada una? Vamos, ármese usted, cuerpo bueno. ¿No hay quién dé más? ¡Pues á las tres! Y de usted son.

Pero veo que se quedan muchos aficionaditos con gana de ella... Mañana estaré aquí con otro cesto lleno...

Voy á hacer un nuevo pedido y de seguro que por telégrafo me las envían los obispos.

¡Y ande el barato!

JOSE NAKENS

1885

## BONAFOUX

¿Por qué al hablar de los grandes periodistas muertos no se cita á Bonafoux? Como vivía fuera de España no dejó aquí muchos amigos. Por otra parte, su adustez no era propicia á procurárselos. Tal vez de haber luchado hasta última hora en Madrid habría tenido muchos menos. Fué, en cambio, incalculable el número de sus admiradores.

A Bonafoux lo leían sus partidarios con deleite y sus detractores con indignación, lo cual quiere decir que daba en el blanco. Y unos y otros lo leían siempre, prueba irrecusable de que interesaba su parecer. A nada más puede aspirar un hombre que escribe.

La firma de Bonafoux llegó á ser insustituible. De un hecho cualquiera, repetido ó insignificante, sacaba él enseñanzas insospechadas. Con tres palabras formulaba un juicio y con una pintaba una ridiculez. Era profundo como buen misántropo y ameno como todos los que, teniendo mucho que decir, pueden decirlo de cualquier manera. Esto, alarde gentil de sutileza y elegancia literaria, tomábanlo algunos por superficialidad.

A veces, la prosa intrincada despierta y puede parecer plerórica de sentido, aunque sólo encierre contradicciones y barroquismo gramatical. Pe-

ro pronto recordamos que los verdaderos maestros se expresan con llaneza y aborrecemos las pretenciosidades. Las grandes cosas suelen decirse sencillamente, porque quien las dice penetró en ellas dominando sus distintos aspectos y quiere que penetren los demás. Toda exposición obscura de un concepto supone no sólo inseguridad de lo que se afirma, sino miedo á que se entienda. Bonafoux sabía siempre lo que decía, porque sabía lo que pensaba. Y jamás temió el argumento contrario.

Además hablaba por algo y á tiempo; poseía el talento de la orientación y el de la oportunidad. Con esto y con su ingenio para las insinuaciones y su valentía para el análisis consiguió Bonafoux el máximo de eficacia en sus escritos. Difícilmente se encontrará periodista que con tan pocas palabras exprese ó sugiera lo que él. iba derecho á su objeto; desdeñaba el fallo envidioso de los que confunden un artículo con una disertación y, pedantes primero que aleccionadores, vuelten en las cuartillas citas de libros en vez de demostrar que los han leído. Bonafoux patentizaba el rango de su cultura en cualquier leve detalle escapado al propósito del autor, porque él se tenía asimilado lo que aquéllos acababan de superponerse.

Metía el escalpelo en todas las honrras sociales, revolviendo pus y sangre y miseria moral. Esto sólo puede hacerse cuando se dispone de una historia limpia que garantice la pureza del propósito. El la tenía. De otro modo le hubiera hecho rico la pluma formidable que no quiso emplear innoblemente. El desenfado acometedor de Bonafoux ostentaba por norma la sinceridad, por vehículo un arte originalísimo y por cimiento la ejemplaridad de la conducta.

Su crónica del *Heraldo* era el regalo de los lectores. Era el canto genial que un poeta esperado y amable les brindaba entre risas cada día.

¡Oh, Bonafoux aforado! Romántico sin enmienda, niño terrible, descontento bonachón, anarquista sentimental, César del trallazo. En cada frase suya había una tea; pero sostenida por su espíritu hidalgo, en lugar de extinguir purificaba.

ABRAHAM POLANCO

(De *Heraldo de Madrid*.)

## Sevillanas

La mayor desgracia que puede acontecerle al hombre que tenga siquiera un gramo de sentido común, es la de verse obligado á pasar la Semana Santa en Sevilla.

No bien acaban las campanas de anunciar con sus descompasados sonos la entrada de la Semana de Pasión, cuando héte aquí al clero que aban-



donde el templo y se hace dueño y señor de la calle por el sólo derecho de la fuerza.

A su imperioso ordeno y mando se supedita la vida de la población; el tráfico comercial se paraliza y una legión inmensa de curas, frailes, beatas y beatos de todas castas irrumpen en la capital invadiéndolo todo.

Desde este momento es imposible entenderse en esta Babel clerical.

Los agudos sonos del clarín y los redobles de tambor semejantes á cañonazos de Krupp resuenan por todos los ámbitos de la ciudad anunciando la salida en procesión de las imágenes, y ya no puede darse un solo paso sin tropezar con el interminable cordón de estas apariciones cofradías, cuyas imágenes, recargadas de oro y de valiosa pedrería desfilan ante un pueblo misérrimo y hambriento que las contempla con una especie de frenesí rayano en la demencia.

Formando coro á esta turba imbécil (y á hacer resultar este hecho se encamina principalmente esta crónica) se encuentra periódicamente un numeroso contingente de obreros: unos atraídos por la curiosidad de presenciar el paso de las imágenes y otros por fervor á tal ó cual santo; algunos que, al echarle en cara su filiación antirreligiosa, os contestan que su presencia en aquel sitio obedece simplemente á estar acompañando á sus parientes; otros por fanatismo religioso, y todos labrando un eslabón que añadir á la ya larga cadena que ha de unirlos al yugo de la Iglesia, que es el yugo del capital.

Toda la labor de emancipación que realiza el obrero en el Centro y en el mitin durante el año, la desbarata él mismo en una hora.

Y no se diga que sólo practica este acto de sumisión el obrero que se despoja de la honrada blusa del trabajo para vestir la túnica de penitente (vestimenta indigna de hombres viriles); lo ejecuta igualmente todo aquel que, aunque sólo sea por mera curiosidad, se suma á la muchedumbre ignara que acude á presenciar el paso de las imágenes.

¿Y qué diremos del obrero que lleva de la mano á sus hijos á formar parte del séquito clerical?

Este es el más indigno de todos, puesto que en vez de inculcar en el tierno cerebro de sus hijos ideas de redención y de progreso para formar con ellas hombres libres y útiles á su patria, tiende nada menos que á perpetuar en su prole el régimen de esclavitud á que él vive sometido como consecuencia lógica de su fanatismo religioso.

Por muy optimista que uno se considere, al presenciar espectáculos como el de la Semana Santa en Sevilla el ánimo queda perplejo, dudando de que por lo menos la generación actual logre desear el sedimento de fanatismo y de barbarie que en el trans-

curso de los siglos ha ido depositando la Iglesia en el cerebro de estas multitudes.

¡Qué responsabilidad para aquellos que, colocados á un nivel intelectual superior al del pueblo, en vez de orientar á éste por el camino de la ciencia y del progreso, ponen sus plumas al servicio de la reacción!

¡Hay que ver la prensa local en estos días!

A excepción de alguna que otra noticia comentando los asesinatos del día, el resto de los periódicos está dedicado á hacer el caldo gordo al clero.

E. GIMENEZ MONROY

Marzo 1925.

## HISTORICO

Predicaba cierto clérigo, un tanto zafio y estólido, de un mártir el panegírico diciendo mil despropósitos.

—Aquel s vilis h-réticos, gritaba con gesto cómico, para vuestro mártir fácilito fueron en tormentos prósigos.

Fieros ultraj s h-erónle. y en un calabozo horrible pensaron quizás ífanstícosl vencer su valor indómito.

Mas viendo que eran inútiles hierros, castigos y sótanos, cruzó sus cerebros bárbaros un pensamiento diabólico.

Furiosos decapitaronle; Mas... ¡prodigio extraño, insólito, con que alaband el Altísimo quiso sus pechos mármóreosl

El Santo, en sublime éxtasis, con sus manos, melancólico, tomó la cabeza extínime y lo dió un ametrallamiento.

—P-rdone usted, señor clérigo, le dijo un oyente atónito,

pero es: beso amantísimo diga ¿con qué boca dióslol

—¿Qué entiende de eso el estúpido?

le gritó el clérigo icómodo,

y continuó impartierito:

—¡Con la boca... del estómago!

## HERRIOT

Tengo necesidad de exteriorizar el entusiasmo que me ha producido la conducta del presidente del Consejo de Francia. Frente á la provocación de los altos dignatarios de la Iglesia ha sabido mantener incólumes los presigios del Estado. Ni retador ni amedrentado ocupó Herriot el punto medio desde el cual puede defenderse y atacar un estadista sin ceder un ápice de terreno al adversario ni renegar prácticamente de sus doctrinas. Pero además de esta rarísima cualidad, habilidad suma de un político, tiene Herriot otra á mis ojos más estimable: la de la sinceridad. El ha sostenido frente á las insinuaciones del oportunismo la teoría que pudiéramos llamar de fidelidad á la fe jurada. No—ha veni-

do á decir—, yo no puedo disfrazar de conveniencia del Estado lo que sólo sería un olvido de las ideas predicadas por mí en la oposición. Estoy aquí gracias á ellas y con ellas, y por ellas caeré ó me sostendré por ellas y con ellas. Y se sostiene en el Poder.

Esto demuestra dos cosas: que todavía hay hombres profundamente enérgicos, y que en cuanto se planta uno en mitad del palenque decidido á lo que sea, no hay clero ni alto ni bajo que ose atrevérselo.

Gran alegría me ha producido el triunfo del presidente francés. Por él, cuya historia es grandemente ejemplar y simpática, y por Francia.

De este glorioso país, padre de las grandes conquistas liberales, debía esperarse era lección de progreso, de laicismo y de ciudadanía.

## ASI ESTAMOS

No era bastante la supresión de la subvención á las escuelas laicas municipales; no lo fué la hazaña del párroco de Cádiz quitando la lápida conmemorativa de las gloriosas Cortes; no lo será para ciertos señores nada que pueda ocurrir. Decididamente en España no hay cuestión religiosa. Sólo pueden sostener lo contrario algunos impios, que quieren arrastrar tras de ellos las almas puras de sus conciudadanos.

Ahí está, por ejemplo, como demostración de esto que digo, lo ocurrido hace unos días en Pamplona.

El obispo señor Mújica entra en la iglesia de San Nicolás y dice á los fieles que no deben consentir la exhibición de ciertos carteles anunciadores de películas. El católico rebafío no necesita más; sale á la calle y deshace el objeto de sus iras con unción idéntica á la que desplegó en nuestras guerras civiles asesinando á los militares isabelinos; ¡qué igual! con más unción todavía puesto que ahora no había enemigo á la vista.

Capitaneando las heroicas huestes iban cinco curas. Nada más lógico. Ese es un trabajo apostólico y lo demás es música. ¿Qué sería del catolicismo si esos ministros del Señor se dedicaran á predicar la templanza, á practicar la caridad y á exaltar alguna otra virtud cuyo recuerdo acaso no estuviera de sobre?

Entre los guerreros iba también el fiscal de la Audiencia don Apelardo Taboada.

Todo esto ofrece para el porvenir tanta tranquilidad, que sólo me resta arrepentirme de las advertencias que hice toda mi vida contra un peligro que como se ve no existe. Y pedir perdón á cuantos por mi consejo se hayan extraviado en el camino de la felicidad que á todos os deseo. Pero conste que me refiero á la felicidad verdadera que está—ya se sabe—en la otra vida, aunque en ésta nos hagan algún que



otro anticipo los obispos que excitaban al escándalo público, los curas que se anotinan y los fiscales que pisotean el mismo Código por cuya guarda cobran lo más religiosamente posible.

Lo dicho, señores; ustedes me perdonarán.

## IOH, EL ARTE!

Ya sé, ya sé que en Arte—así, con mayúscula—el motivo es lo de menos y lo esencial es el acierto con que el motivo se interpreta, ó se refleja. Pero no deja de chocarme que á estas alturas todavía excite la sensibilidad de un artista una procesión ó un acto religioso cualquiera, sobre todo impresionando al autor de un modo que resulte la suya una obra fervorosa. Nunca fueron los artistas muy edificantes en esta materia ni tuvieron apenas más misticismo—digan lo que quieran los cantores de glorias pretéritas—que el indispensable para crear obras cuyo asunto les daba hecho el prócer protector ó les imponía las costumbres de la época.

Hoy, por lo visto, volvemos á lo pasado. El pintor don Elías Salaverría, autor de *La procesión del Corpus en Pezo*, expone ahora otro cuadro titulado *Coronación de la Virgen de Aránzazu*. Me viene que el señor Salaverría está en la madurez de su edad y en la de su talento. ¡Cualquiera lo diría! Yo creo que el verdadero artista es primero un rebelde y después un educador (no porque él se lo proponga, sino porque así resulta de su actividad), y la Historia, con permiso de *El Debate*, parece confirmar la exactitud de mi opinión.

De cualquier modo, conste que le deseo al señor Salaverría muchos triunfos. Y si él me lo permitiese, hasta le brindaría un asunto para el próximo cuadro: el clero español pasándose por debajo de la sotana el respeto á las leyes. Nadie me negará que sería una nota de color—negro sucio—muy nacional y muy oportuna.

## UNA NOVELA

Ciges Aparicio, el gran periodista que tantas pruebas de talento y cultura ha dado en el trabajo cotidiano del oficio, es también un novelista de valía. Cuando se cansa de referirnos las incidencias de la vida internacional que él sigue y registra con escrupulosidad admirable, entregase á la mera literatura en la que le ganaron el título de maestro obras como *Del cautiverio*, *La romería*, *Villavieja*, *Del cuartel y de la guerra*, etc.

Ahora ha querido mostrar una vez más sus excepcionales cualidades, y acaba de ofrecer al público *El juez que perdió la conciencia*, hermoso libro que lo mismo puede ser novela

que simple relato, pues de modo tal encuéntrase en él un trozo de nuestra vida, fresco, palpitante, de una realidad cruel y desconsoladora.

El protagonista de la obra es un hombre honrado y estudioso que contra sus deseos y aficiones se ve metido en la charca política española y rural; como quien dice: dos veces española ó rural dos veces. El quiere llevar á su nueva actuación la dignidad y el buen propósito que presidieron todos sus actos anteriores, mas poco á poco se le enredan los pies en las trapacerías, artimañas, ilegalidades, y violencias que por crónicas parecen incorregibles en ciertas andanzas. Gracias á que el fango no llega á mancharle y conserva el buen gusto necesario para restituirse á su vida primera, en la que encuentra su conciencia perdida.

Todos los incidentes de la novela son entretenidos, los personajes reales, los cuadros están bien vistos. Es en suma *El juez que perdió la conciencia*, un libro que se lee con placer, y que incluso tiene un valor documental, toda vez que pone ante nuestros ojos, con todas sus miserias, la existencia pueblerina, llena de hambre, de injusticias, de ignorancia y de brutalidad. Pueblos como los que se pintan en la obra de Ciges hay muchos; abogados, caciques y tropa auxiliar como los descritos, también sobran. Lo malo es, querido novelista, que no sabemos dónde está el pronto y radical remedio de tanta podredumbre, ó sabemos solamente en donde no está. De todas maneras, usted ya ha hecho algo poniendo el dedo en una de nuestras llagas más asquerosas.

De lo demás no digo nada, por que no es cosa de afirmar el dato innecesario, por sabido, de que es usted un gran escritor, ni de asombrarse, por lo tanto, de que haya producido usted unas páginas tan fuertes y tan sinceras como las de ese *Juez*, que después de todo tuvo la suerte de volver á topor lo que había perdido.

## SUSCRIPTORES A 25 PESETAS MENSUALES

Gabriel Alomar, Palma de Mallorca.

Amigos que han enviado cantidades para agudar á EL MOTIN

Ramón María Aldasoro, 25 pesetas; Eulogio A'decoa, 15; Ciríaco Nieto, 5; Gerardo G. Revilla, 2; José Diestro, 25; José María Arranz, 5; Pío Ibarra, 5; León Tourville, 10; Fermín Baroja, 15; Demófilo Ormazábal, 2; Eduardo Durán, 10; Saturnino Apraiz, 50; Francisco Vergara de la Iglesia, 10; Un socio de *El Sitio*, 3; Otro socio, 5; Otro socio, 5; Felipe López, 3 (Todos de la Sociedad *El Sitio*, de Bilbao.) Jesús Martínez, 5 pesetas; Alfredo

Egea, 1; Vicente López, 1; Gastón Laurón, 5; Tomás Dieguez, 2; José Diego, 2; Pepe León, 2; Félix López, 1; Pedro Sanz, 1; E. Chaoartegui, 1; Braulio Otero, 2; Cayo Tovia, 0'50; S. Vela, 1; J. Marquez, 1; V. R., 1; F. Ruiz, 5; Benito Vesga, 5; Uao, 5; Carlos Vergara, 1; Emilia Rodríguez, 2 (Todos de Bilbao) Total 239'50 pesetas.

*El Noroeste*, Gijón, 35 pesetas; Alejandro Argüelles, Mier, 5; Emilio Rodríguez, Mangula, 10; Enrique Hevia, Buenos Aires, 10; Manuel González, ídem, 10.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Coruña.—Ricardo Yanke, abonada su suscripción á fin Septiembre 1925. Algeciras.—María Soto, íd. á fin Febrero 1926.

Vigo.—José Carballo, íd. á fin Diciembre 1925.

Ídem.—Julian Estévez, íd. á fin Diciembre 1925.

Tanagón.—Román Fraile, íd. á fin Diciembre 1925.

Uldecona.—Rafael Castell, íd. á fin Enero 1926.

Eibar.—Pascual Garrobo, íd. á fin Junio 1925.

Buenos Aires.—Enrique Hevia, íd. á fin Diciembre 1925.

Ídem.—Manuel González, íd. á fin Diciembre 1925.

Oviedo.—José A. Fernández, recibió su giro de 11 pesetas á su cuenta.

Coruña.—Eduardo L. Budén, íd. de 88; conforme.

Vigo.—Angel Sitoula, íd. de 19; conforme.

Bilbao.—Jesús Martínez, íd. de 10; conforme.

Ídem.—Manuel Vitoria, íd. de 2'40; conforme.

Orense.—Ramón González, íd. de 4; conforme.

La Felguera.—Fernando Velasco, íd. de 50 á su cuenta.

Huesca.—Jorge Novales, íd. de 24; conforme.

Sardaña.—Manuel Bala, íd. de 42; conforme.

## ALBUM PRIMERO

DE  
CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTIN"

PRECIO: 7 PESETAS

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.